

El devenir-inmanente del Estado: axiomática capitalista y gubernamentalidad*

Pablo Martín Méndez**
pablomartinmendez@hotmail.com

Resumen

Las obras de Michel Foucault y Gilles Deleuze contienen varios pasajes que contribuyen a abrir un nuevo horizonte en el análisis del Estado y su papel en las sociedades capitalistas. En lo fundamental, ambos autores parecen coincidir en el hecho de que capitalismo tiende a proporcionar una existencia concreta al Estado, ya sea convirtiéndolo en un instrumento destinado a regular continuamente los flujos de deseo liberados por la máquina capitalista (Deleuze), ya sea haciendo del mismo un conjunto de prácticas activas que tienen como propósito principal el gobierno de las poblaciones (Foucault). Siguiendo la dirección señalada por estos análisis, el presente artículo se propone entonces concebir al Estado como un instrumento múltiple y estratégico, es decir, como un instrumento que no sólo es imprescindible para el desarrollo de la máquina capitalista, sino también para cualquier movimiento de transformación que procure extenderse más allá del umbral establecido por esta última.

Palabras clave: *capitalismo – axiomática – crisis*

Abstract

Michel Foucault and Gilles Deleuze's work contain several passages which can contribute to open new horizons on the analysis of the State and its role

* Este artículo es el resultado de una ponencia presentada en el marco de las IV Jornadas de Teoría del Estado (4, 5 y 6 de noviembre de 2009), y publicada posteriormente en formato digital bajo el título "Una práctica, un instrumento múltiple: consideraciones en torno al problema del Estado en el pensamiento de Foucault, Deleuze y Negri", en *Memorias de las IV Jornadas de Teoría del Estado*, Facultad de Derecho - Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, noviembre 2009. En esta oportunidad, presentamos una versión ampliada y corregida de la mencionada ponencia, haciendo sobre todo hincapié en el análisis de la noción foucaultiana de "gubernamentalidad" y en el problema de doble dimensión del Estado en la formación social capitalista.

** Pablo Martín Méndez es Licenciado en Ciencia Política y Profesor de Enseñanza Media y Superior en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires.

in capitalist societies. Basically, both authors seem to coincide with the fact that capitalism tends to provide a concrete existence to the State, whether by turning it into an instrument of constant regulation of the flow of desire liberated by the capitalist machine (Deleuze), or by making it a set of active practices which have as its main purpose the governing of populations (Foucault). Following the direction pointed out by this analysis, the present article proposes then to conceive the State as a multiple and strategic instrument, that is to say, as an instrument that is not only indispensable for the development of the capitalist machine, but also for any movement of transformation that tries to spread beyond the threshold established by it.

Keywords: *capitalism – axiomatic – crisis*

1. Introducción

Pensar al Estado y al papel jugado por el mismo en el contexto actual de crisis capitalista es sin duda una tarea sumamente difícil y compleja; no sólo por el hecho de que el capitalismo y sus leyes parecen dejar cada vez menos lugar para el despliegue de acciones estatales unificadas y concertadas, sino también por todas las perplejidades que suscita el esfuerzo destinado a precisar qué es el Estado y cómo funciona. Desde nuestra manera de ver las cosas, el problema consiste en que el capitalismo conduce al Estado a desarrollarse y funcionar en dos dimensiones diferentes: por lado, hace de este último una suerte entidad latente que querría imitar o rechazar permanentemente, pero sin llegar a igualarla o superarla nunca; por el otro, le proporciona una existencia concreta, convirtiéndolo en un conjunto de prácticas que, a través de instrumentos sumamente múltiples, garantizan el control y la regulación del campo inmanente al propio capitalismo. Se ha producido un corte, también un olvido y un retorno que no deja de realizarse en condiciones completamente novedosas. El Estado, efectivamente, ha entrado en otra suerte de devenir: ya no se opone a las fuerzas que lo horrorizaron durante tanto tiempo, ni siquiera intenta detenerlas provisoriamente; por el contrario, ahora surge de ellas, sigue sus caminos y se disemina en mil partes. Un devenir continuo que transforma al Estado en todo un conjunto de prácticas con objetivos e instrumentos cada vez más inmanentes. Un devenir continuo que nos impele a dejar de considerar al Estado como un asunto “serio” y casi intocable y comenzar a abordarlo, en cambio, desde el deseo y la producción deseante, desde el deseo como productor de la realidad misma. Un devenir-inmanente que requiere, en fin, elaborar un nuevo análisis en torno a la realidad del Estado y sus relaciones con el capitalismo. Y en el momento

de emprender ese análisis, hemos optado por recurrir a las nociones de “axiomática capitalista” y de “gubernamentalidad” propuestas respectivamente por Gilles Deleuze y Michel Foucault, dado que, a nuestro entender, ambas nociones no sólo nos brindan una perspectiva novedosa sobre las transformaciones del Estado, sino que además, y sobre todo, nos permiten comprender mejor hasta qué punto este último ha llegado a fusionarse con el capitalismo.

2. La crisis como el medio inmanente de funcionamiento del capitalismo

El problema que orientará todo nuestro recorrido será entonces el siguiente: en la actualidad parece ser cada vez más evidente que cualquier intento de reflexión sobre el Estado no puede estar desvinculado de un análisis del capitalismo como formación social que hace de la crisis su medio inmanente de funcionamiento. Es cierto que el desarrollo histórico de la producción capitalista arrasa con todo lo que encuentra a su paso, es cierto que destruye las barreras establecidas por las sociedades tradicionales y, en este sentido, también es cierto que a la larga tiende a derribar a los Estados precapitalistas. Sin embargo, ello no nos habilita a pensar que el avance del capitalismo conduce irreversiblemente hacia una sociedad en donde sea posible prescindir de las acciones estatales, cuando si el Estado no pudiese ser otra cosa más que un poder externo de obstaculización destinado a desaparecer bajo el impulso y la fuerza del libre desarrollo de los procesos capitalistas. Antes bien, es necesario entender que dichos procesos dan lugar al surgimiento de una nueva formación social que requiere de toda una serie de controles y regulaciones. Y cuando decimos “nueva formación social” nos estamos refiriendo al hecho de que el capitalismo es completamente específico frente a las formaciones anteriores; de igual manera, utilizamos el término “regulación” para intentar dar cuenta de una modalidad de acción estatal cuyo despliegue e implementación se realiza en el plano inmanente de esta nueva formación.

Deleuze y Guattari han definido la particularidad de la formación social capitalista a partir del modo en que la misma trata a los flujos de deseo, es decir, a partir de las diferentes relaciones entre la máquina social y la máquina deseante. Ocurre que toda sociedad se presenta como un *socius* o cuerpo lleno sobre el cual se desliza un sinnúmero de flujos que deben ser inscriptos sobre ese cuerpo. En el caso de las formaciones sociales precapitalistas encontramos primero al territorio como cuerpo lleno y al código como procedimiento de inscripción de los flujos de deseo.¹ Ahora bien, existe otra má-

¹ Según entienden Deleuze y Guattari, el código social implica que ciertos flujos deben pasar o correr, y que otros tantos, en cambio, no deben pasar o ser bloqueados; asimismo, implica la existencia de pequeños “grupos locales” encargados de hacer pasar o bloquear esos flujos. Cfr. Deleuze,

quina que “llega como el rayo” y se instala sobre la máquina territorial integrando sus diferentes segmentos en una unidad superior y trascendente, en un nuevo cuerpo lleno que sustituye a la tierra. Nos estamos refiriendo al Estado despótico como maquinaria destinada a inscribir los flujos codificados de la máquina territorial en el cuerpo desterritorializado del soberano. La maquinaria estatal despótica no opera por codificación, sino por sobrecodificación de flujos, convirtiendo a los subconjuntos relativamente aislados de la máquina territorial en “ladrillos” que aseguran la integración de la unidad superior.² Tenemos entonces dos formaciones sociales, dos máquinas diferentes que sin embargo se encuentran unidas por un mismo quehacer y una misma preocupación: impedir la aparición de flujos de deseo no codificados y no territorializados. Como sostienen Deleuze y Guattari, el acto fundamental de las formaciones precapitalistas consiste en codificar los flujos y en tratar como enemigo a todo aquello que, de una u otra manera, escape a las codificaciones y sobrecodificaciones, a todo aquello que cuestione al cuerpo lleno de esas sociedades. Y precisamente aquí encontramos la particularidad sumamente radical del capitalismo, en el hecho de que el mismo se establece sobre lo que es el terror de las demás formaciones sociales, sobre lo que ellas constantemente intentan conjurar, a saber: la existencia y la realidad de flujos descodificados y desterritorializados. En efecto, el capitalismo es una nueva formación constituida en el ocaso de la feudalidad, al término de procesos de descodificación de la más diversa índole, como la descodificación de los flujos de propiedad territorial bajo la forma de grandes propiedades privadas, la descodificación de los flujos monetarios a partir del desarrollo de la fortuna mercantil, la descodificación de un flujo de trabajadores mediante la expropiación y la desterritorialización de siervos y pequeños campesinos, etc. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que la existencia de flujos descodificados y desterritorializados no basta para atravesar y transformar al *socius*; después de todo, observamos que a lo largo de la historia siempre aparecen flujos que se escapan, flujos que corren sobre las espaldas de la sociedad, sin dar lugar por ello a la formación capitalista propiamente dicha. Al respecto, Deleuze y Guattari han señalado que el capitalismo no sólo requiere de la aparición de los flujos descodificados y desterritorializados, sino también del encuentro y la conjunción de los mismos:

[...] será preciso el encuentro de todos estos flujos descodificados, su conjunción, su reacción unos sobre otros, la contingencia de este encuentro, de esta conjunción, de esta reacción, que se producen una vez, para que

G., y Guattari, F., *El anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 152 y ss.; Deleuze, G., *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*, Buenos Aires, Cactus, 2006, pp. 25-26.

² Cfr. Deleuze, G., y Guattari, F., *El anti Edipo*, op. cit., p. 199 y ss.

el capitalismo nazca y para que el antiguo sistema muera esta vez desde fuera, al mismo tiempo que nace la vida nueva y que el deseo recibe su nuevo nombre.³

Digamos enseguida que el capitalismo surge cuando se produce el encuentro entre dos flujos “principales”, dos flujos que llevan detrás de sí a un sinnúmero de procesos de descodificación y desterritorialización de diverso origen. Dicho encuentro enfrenta por un lado al trabajador desterritorializado –es decir, al trabajador libre y desnudo que se ve obligado a vender su fuerza de trabajo– y, por el otro, al dinero descodificado y convertido en capital capaz de comprar a esa fuerza de trabajo. En otras palabras, el capitalismo se constituye cuando el flujo de riqueza no codificado se encuentra con el flujo de trabajo no territorializado y se conjuga con él. Sólo a partir de entonces se establece la relación diferencial formada por la fuerza de trabajo como fluctuación del capital variable y por el capital-dinero como fluctuación del capital constante. Sólo a partir de entonces se define el campo inmanente del capitalismo y se confiere a la abstracción su tendencia a la concretización. Solo a partir de entonces se asiste, en fin, “a una quiebra de los códigos y de las territorialidades subsistentes en beneficio de una máquina de otra clase, que funciona de otro modo”.⁴ Esa máquina es, por su puesto, la máquina capitalista encargada de inscribir los flujos en el cuerpo lleno del dinero.

Hemos podido observar que, al fin y al cabo, todo es deseo y producción de deseo, que entre la máquina deseante y las máquinas sociales sólo hay una producción: la producción de lo real. El problema consiste en que la máquina deseante no opera, no produce, de la misma manera que la máquina social, pues en todo momento libera flujos descodificados y desterritorializados que obligan a esta última a emprender una serie de nuevos esfuerzos y reacomodamientos. De aquí que las máquinas sociales siempre operen en un estado de equilibrio oscilante, inestable y permanentemente compensado. Lo cual, ciertamente, no implica una suerte de enfermedad o de patología social, sino más bien una modalidad de funcionamiento; como mencionan Deleuze y Guattari, “es *para* funcionar que una máquina social *no debe funcionar bien*”, es decir, no debe hacer otra cosa más que funcionar por medio del disfuncionamiento.⁵ De manera tal que entre la máquina social y la máquina deseante existe una identidad de naturaleza y una diferencia de régimen: mientras que las primeras funcionan a través del desgaste, las segundas lo hacen a través del desarreglo, el fallo y las pequeñas explosiones. Todo depende, una vez más, de los flujos de deseo descodificados y desterritorializados, y de la capacidad

³ Deleuze, G., y Guattari, F., *El anti Edipo*, op. cit., p. 230.

⁴ Deleuze, G., y Guattari, F., *El anti Edipo*, op. cit., p. 235.

⁵ Cfr. Idem, pp. 157-158.

de desgaste de las máquinas sociales. Así, la máquina territorial da lugar a la máquina despótica cuando las codificaciones ya no son suficientes para contener los flujos; así también, la máquina despótica conoce su decadencia bajo el impulso de flujos que se extienden demasiado lejos, de flujos cuyo encuentro y conjugación se producen en un nivel que las sobrecodificaciones del Estado ya no pueden alcanzar; y partir de aquí sólo quedará lugar para la ruptura, para el surgimiento del capitalismo en tanto máquina que no enfrenta a los flujos descodificados y desterritorializados “desde fuera”, puesto que de ellos vive y en ellos encuentra a la vez su condición y su materia.⁶ En última instancia, la máquina social capitalista utiliza para su provecho el principio general según el cual las cosas sólo llegan a marchar bien con la condición de estropearse. De donde se sigue la afirmación que formulábamos al comienzo, esto es, el hecho de que el capitalismo hace verdaderamente de la crisis su medio inmanente de funcionamiento.

Sin embargo, la comprensión de ese tipo de funcionamiento estaría incompleta si no tuviésemos en cuenta que en el capitalismo la descodificación constante de los flujos implica la introducción simultánea de una nueva máquina que ya no opera por medio de la codificación y la sobrecodificación, sino más bien por una “axiomática” de los flujos descodificados. Según Deleuze y Guattari, mientras que los códigos enuncian relaciones específicas entre elementos cualificados que sólo pueden ser reducidos a una unidad superior por medio de la sobrecodificación; la axiomática, en cambio, considera directamente elementos y relaciones puramente funcionales, elementos de naturaleza no especificada que a su vez se realizan en dominios sumamente diversos.⁷ A través de ambos aspectos, observamos a la axiomática como una máquina social encargada de organizar los flujos descodificados y desterritorializados en provecho del capitalismo y al servicio de sus fines; una máquina cuyo funcionamiento consiste en mantener los flujos ligados al cuerpo del capital como *socius* desterritorializado, en crear y perpetuar un “estado de ligazón” que impide alcanzar el límite absoluto de la descodificación y la desterritorialización.⁸ En definitiva, toda esta empresa no hace más que reflejar lo que es a la vez el verdadero drama y la condición de fortalecimiento y expansión del capitalismo. Hemos sostenido que la crisis es el modo inmanente de funcionamiento de la máquina capitalista, agreguemos ahora que esta máquina se encuentra atravesada tanto por el cinismo como por la pasión. De un lado, el capitalismo libera flujos de deseo en condiciones que

⁶ Cfr. Idem, 39.

⁷ Cfr. Deleuze, G., y Guattari, F., *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 2006, p. 459. Asimismo, Negri y Hardt conciben a la axiomática capitalista como “un conjunto de ecuaciones y relaciones que determina y combina variables y coeficientes inmediata e igualmente a través de los diversos ámbitos, sin remitirse a definiciones o términos previamente establecidos”. Negri, A. y Hardt, M., *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 288.

⁸ Cfr. Deleuze, G. y Guattari, F., *El anti Edipo*, op. cit., pp. 252-255.

definen su límite y la posibilidad de su propia disolución; del otro, la máquina se opone con todas sus fuerzas al movimiento que la empuja hacia ese límite, sustituyéndolo con límites relativos inmanentes que no cesan de reproducirse en una escala ampliada. “Una mano que descodifica, otra que axiomatiza”: siempre es posible añadir un axioma más a los axiomas precedentes, siempre es posible volver a ligar las cargas y las energías de deseo, oponer nuevos límites interiores al poder revolucionario de los flujos descodificados y desterritorializados.

3. El devenir-inmanente del Estado

Llegados a este punto del análisis, podemos formular de manera concreta y simple la pregunta que nos lleva directamente a la problemática aquí tratada, a saber: ¿cuál es el papel jugado por el Estado en la formación social capitalista? En verdad, a lo largo de nuestro recorrido no hemos hecho otra cosa más que hablar, una y otra vez, de esta cuestión. Y si procedimos de una manera semejante es porque el problema no consiste en que el desarrollo del capitalismo tienda a anular o reducir al Estado, sino más bien en el hecho de que el mismo cambia de forma y adquiere un nuevo sentido, esto es, ser el modelo de realización de una axiomática que lo rebasa. Sin embargo, “rebasar no es en modo alguno prescindir de...”⁹ Acabamos de señalar que la axiomática funciona rechazando o acrecentando sus límites, sumando nuevos axiomas e impidiendo que el sistema se sature –lo cual, ciertamente, nos vuelve a mostrar que en capitalismo las cosas sólo pueden marchar bien a condición de estropearse y repararse constantemente. La cuestión radica en que esta modalidad de funcionamiento requiere de la existencia de órganos de decisión, de gestión, de reacción y de inscripción; requiere, en fin, de toda una serie de regulaciones cuyo principal instrumento de aplicación es precisamente el Estado. Como sostienen Antonio Negri y Michael Hardt, el capitalismo no demanda un poder trascendente, sino más bien un mecanismo de control que resida en el plano de la inmanencia; de igual manera, Deleuze y Guattari mencionan que la efectuación de los dos flujos “principales” del capitalismo –esto es, el flujo de trabajo puro y el flujo de capital independiente– tiene la necesidad de una nueva fuerza y de un nuevo derecho del Estado.¹⁰ Es por eso que no hay, y de hecho nunca hubo, una suerte de eclipsamiento del Estado frente al desarrollo del capitalismo; por el contrario, el avance de la máquina implica una relación plena y más completa entre ambos elementos, una compatibilidad nueva que define al Estado como “Estado capitalista”. Quizá sea más correcto

⁹ Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil mesetas*, op. cit., p 460.

¹⁰ Cfr. Negri, A. y Hardt, M., *Imperio*, op. cit.; Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil mesetas*, op. cit.

hablar en términos de continuidad y a la vez de ruptura, pues por un lado el Estado capitalista profundiza el devenir-inmanente que desde antaño arrastraba al Estado despótico abstracto y, por el otro, asume una situación que este último jamás podría concebir. Ocurre que la presencia de flujos descodificados y desterritorializados vuelve al Estado despótico cada vez más inmanente, cada vez más subordinado a un campo de fuerzas concreto y efectivo, sin por ello llegar a transformar definitivamente al *socius*. En efecto, mientras que los flujos descodificados y desterritorializados no se encuentren y conjuen, el Estado puede salvar fragmentos de código y de sobrecodificación, puede devenir en un imperio evolucionado, una ciudad, un sistema feudal, una monarquía, y en todo aquello que, de un modo u otro, impida la conjunción de los flujos. Ahora bien, el Estado capitalista atraviesa una situación completamente diferente a las instancias anteriores, dado que el mismo “es producido por la conjunción de los flujos descodificados o desterritorializados y, si lleva al punto más alto el devenir-inmanente, es en la medida en que ratifica la quiebra generalizada de los códigos, en la medida en que evoluciona en su integridad en esta nueva axiomática de la conjunción de una naturaleza desconocida hasta entonces”.¹¹ De manera tal que el Estado ya no es un paradigma trascendente de sobrecodificación, sino más bien un modelo de realización inmanente destinado a regular y organizar los fallos, los progresos de saturación y las ampliaciones de los límites correspondientes a la axiomática de los flujos descodificados. En el fondo, vemos que el deseo sustrae al Estado de su abstracción y lo disemina y fragmenta en mil partes; vemos que el deseo abandona la cabeza del déspota y pasa directamente al corazón de los súbditos; vemos, en fin, una nueva serie de problemáticas que no dejan de conducirnos hacia una perspectiva diferente sobre las complejas relaciones entre el Estado y el capitalismo.

Tal vez la noción foucaultiana de “gubernamentalidad” sea la herramienta más adecuada cuando se trata de definir al proceso histórico en donde el Estado asume la quiebra generalizada de los códigos y, a la vez, comienza a transitar el camino que lo conduce hasta el punto más alto del devenir-inmanente. Tengamos en cuenta que Foucault utiliza dicha noción para dar cuenta de una tecnología general de poder que asegura las mutaciones, el desarrollo y el funcionamiento del Estado en el contexto del capitalismo. Tengamos también en cuenta que el surgimiento de la gubernamentalidad se sitúa entre los siglos XVI y XVII, es decir, en el momento en que la Iglesia y el Imperio terminan sucumbiendo definitivamente ante las fuerzas y movimientos que desde antaño venían erosionando su vocación y su sentido universal, y en el cual nace el capitalismo como nueva formación social. Pues bien, Foucault concibe a la gubernamentalidad como un proceso o una línea de fuerza que gradualmente convierte al Estado de justicia de la Edad Media en un conjunto de prácticas y procedimientos destinados tanto al gobierno

¹¹ Deleuze, G. y Guattari, F., *El anti Edipo*, op. cit., p. 260.

de los hombres como así también al de la “población” en su conjunto.¹² En lo fundamental, la noción de gubernamentalidad responde a una doble apuesta realizada por el pensamiento foucaultiano; apuesta que consiste en aplicar el análisis de los micropoderes como método de desciframiento de la problemática del Estado y en marcar, a través de dicho análisis, una distancia sumamente radical frente aquellas representaciones que conciben al Estado como un ser capaz de desarrollarse por sí mismo e imponerse a los individuos mediante una suerte de mecánica espontánea o casi automática. Ante esta clase de representaciones, Foucault sostendrá que el Estado es una práctica: “No puede dissociárselo del conjunto de las prácticas que hicieron en concreto que llegara a ser una manera de gobernar, una manera de hacer, también, de relacionarse con el gobierno”.¹³ Para decirlo en otros términos, la noción de gubernamentalidad permite dar cuenta de un proceso histórico en virtud del cual el Estado tiende a constituirse sobre la práctica misma de los hombres, sobre sus diferentes maneras de hacer y de actuar. Es necesario notar que ese proceso histórico es también un largo proceso de crisis; más aún, podríamos llegar a sostener que cada crisis, o cada paso en el movimiento de descodificación y axiomatización de los flujos de deseo, implica una serie de prácticas que se sirven de instrumentos y se proponen objetivos cada vez más diversificados e inmanentes. Deleuze y Guattari han mencionado que los verdaderos funcionarios del Estado son aquellos que actúan en un terreno de gran incertidumbre e imprevisión, aquellos que conectan y trazan flujos descodificados y desterritorializados, que los siguen y tratan de adelantarse a ellos.¹⁴ Desde nuestro parecer, el proceso de constitución de las diferentes gubernamentalidades señalado por Foucault debe leerse en estas coordenadas, es decir, a partir del movimiento de descodificación y ligazón de los flujos que conduce al Estado hasta el punto más alto del devenir-inmanente.

Podríamos identificar entonces tres momentos críticos que marcan al desarrollo histórico de la gubernamentalidad y, con ello, al devenir-inmanente del Estado capitalista moderno. Como señalábamos más arriba, el surgimiento de la gubernamentalidad se sitúa entre los siglos XVI y XVII, cuando la Iglesia y el Imperio terminan sucumbiendo ante las fuerzas del capitalismo naciente. Según Foucault, este primer momento se caracteriza por la crisis de las antiguas técnicas de individualización del pastoreo cristiano y la aparición conjunta de toda una nueva problemática en torno al gobierno de la conducta de los hombres, una problemática que incluso llega a plantearse en el dominio público. Durante la segunda mitad del siglo XVI, y a lo largo de todo el siglo XVII,

¹² Foucault, M., *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires, FCE, 2006, p. 135-136.

¹³ Foucault, M., *Seguridad...*, op. cit., p. 324.

¹⁴ Cfr. Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil mesetas*, op. cit., p. 228-229.

se solicita al soberano el ejercicio de cierta cantidad de tareas que no se relacionan con el mantenimiento de la pura y simple soberanía, sino más bien con la conducción de los hombres. Se trata de elaborar y definir un “arte de gobernar” autónomo y específico, una racionalidad y un cálculo que permitan ejercer ese plus de gobierno irreductible a la soberanía y al pastorado. Y la racionalidad buscada pronto será el Estado, la “razón de Estado” en tanto criterio de la acción gubernamental. Como sostiene Foucault, la razón de Estado implica que el gobierno debe desplegar una acción tal que el Estado pueda llegar a existir y conservarse de un modo sólido y permanente. Sin embargo, en una realidad histórica signada por la aparición de un tiempo políticamente abierto y de un espacio de competencia interestatal, el verdadero problema de la nueva razón gubernamental consiste en que la existencia y la conservación del Estado sólo pueden alcanzarse mediante el incremento y la expansión de las mismas fuerzas estatales. De donde se sigue la importancia adquirida por la “policía” tal y como se la entendió en el siglo XVII, es decir, como un instrumento de disciplinamiento social que permite incrementar las fuerzas del Estado manteniendo a la vez el orden interno.¹⁵ En las tareas asumidas por la policía, observamos el desarrollo de un gobierno que se despliega en el plano inmanente de las actividades cotidianas de los hombres: “se trata de la creación de la utilidad estatal, a partir y a través de la actividad de los hombres. Creación de la actividad pública a partir de la ocupación, la actividad, a partir del quehacer de los hombres”.¹⁶ En definitiva, los siglos XVI y XVII asisten al desarrollo de una “gubernamentalidad según la razón de Estado” que pone en práctica a un “Estado de policía” con objetivos múltiples y casi ilimitados, objetivos que consisten en incrementar las fuerzas estatales tomando a cargo la actividad de los individuos hasta en el más mínimo de sus detalles.

Ahora bien, durante el siglo XVIII las sucesivas crisis de la producción agrícola abren paralelamente una serie de prácticas que gradualmente conducen a la modificación de la gubernamentalidad según la razón de Estado; más precisamente, durante este segundo momento crítico comienza a elaborarse una gubernamentalidad que ya no apunta tanto al disciplinamiento de las conductas individuales como a la regulación de un cuerpo mayor que pronto será denominado como “población”. Foucault ha mencionado que desde fines del siglo XVIII la población se presenta como un fenómeno de la naturaleza con todo un conjunto de variables propias que no se pueden modificar por medio de la reglamentación policial, pero que sí son susceptibles de una regulación permanente. Siguiendo nuestra terminología, deberíamos decir que esa regulación permanente no es otra cosa que un paso adelante en el devenir-inmanente del Estado. En efecto, mientras que la gubernamentalidad según la razón de Estado se sirve de la acción policial en

¹⁵ Cfr. Foucault, M., *Seguridad...*, op. cit., p. 355 y ss.

¹⁶ Idem, p. 370.

tanto instrumento de regimentación disciplinaria y de perfeccionamiento de las fuerzas estatales; la práctica gubernamental emergente, en cambio, despliega una serie de “dispositivos de seguridad” cuyos objetivos e instrumentos son completamente inmanentes a la población. La cuestión consiste en regular los fenómenos globales —como los recursos y la riqueza general, los procesos de natalidad, de mortalidad, de longevidad, etc.— fijando continuamente nuevos equilibrios y promedios, compensando ciertos efectos y reduciendo, en la medida de lo posible, los acontecimientos riesgosos que se puedan presentar en una masa viviente:

Y el instrumento que el gobierno va a darse para obtener esos fines que son, de algún modo, inmanentes al campo de la población, será la población misma, sobre la que actuará de manera directa a través de campañas o de manera indirecta mediante técnicas que van a permitir, por ejemplo, estimular, sin que la gente lo advierta demasiado, el índice de natalidad, o dirigir hacia tal o cual región o tal o cual actividad los flujos poblacionales.¹⁷

De manera tal que nos encontramos frente a una gubernamentalidad que hace de la suma de deseos e intereses de los hombres el motor y el principio de las acciones del gobierno. En otros términos, nos encontramos frente a lo que Foucault denomina como “gubernamentalidad liberal”, esto es, la gubernamentalidad basada en el principio de que la técnica de gobierno debe desplegarse en el juego de las leyes y mecanismos que conforman a los movimientos mismos de la realidad. Antes que una serie de súbditos sometidos a la intervención meticulosa de la policía, la gubernamentalidad liberal concibe una población atravesada por toda una mecánica de intereses que el gobierno tiene que respetar. Pero si por un lado el liberalismo exige al gobierno autolimitarse frente a los procesos naturales de la población; por el otro, en cambio, propone un nuevo dominio de intervenciones posibles y necesarias que tendrán por objetivo establecer regulaciones que faciliten esos procesos: “Será preciso manipular, suscitar, facilitar, dejar hacer; [...] será preciso manejar y ya no reglamentar”.¹⁸ Entre un lado y otro, entre el lado de los procesos naturales de la población y el lado de las intervenciones gubernamentales, se encuentra en juego el problema de la libertad de circulación y desplazamiento de los individuos y de los bienes. A este respecto, Foucault señala que la gubernamentalidad liberal consume libertad, que necesita de la libertad y que, en este sentido, se ve obligada a producirla y organizarla para llegar a funcionar efectivamente. Desde su visión, el liberalismo no es lo que acepta la libertad, sino más bien lo que se propone fabricarla

¹⁷ Foucault, M., *Seguridad...*, op. cit., p. 132.

¹⁸ Idem, p. 403.

a cada instante, lo que se propone suscitarla y producirla a partir de todo un conjunto de intervenciones.¹⁹ De ahí que la gubernamentalidad liberal sea un paso más hacia la inmanencia del capitalismo; de ahí que no deje de mostrarnos el proceso de descodificación y axiomatización continua de los flujos, el proceso mediante el cual el gobierno descodifica y al mismo tiempo liga a los flujos de deseo, el proceso de producción y gestión continua de la libertad. En última instancia, la gubernamentalidad liberal tiende a crear una situación continua de crisis, una situación en donde la incrementación de las libertades requerirá cada vez más de la introducción de un plus de control e intervención. Y esa situación de crisis llegará a su apogeo precisamente en las primeras décadas del siglo XX, cuando la acción gubernamental genere una inflación de los mecanismos compensatorios de la libertad que estará marcada por el exceso de intervencionismo y el exceso de coacciones y coerciones, hasta el punto tal de producir efectos destructivos sobre la misma libertad que se trata de garantizar. A partir de este tercer momento crítico, sólo quedará lugar para el surgimiento y la formación de la gubernamentalidad que a nuestro parecer es quizá el punto más alto del devenir-inmanente del Estado: la gubernamentalidad que Foucault define como “gubernamentalidad neoliberal”, la gubernamentalidad en la cual actualmente nos toca vivir.

¿Por qué decimos que esta gubernamentalidad es el punto más alto del devenir-inmanente del Estado? Precisamente por el hecho de que en la misma es posible observar una superposición completa entre la política gubernamental y la maquinaria capitalista. El aspecto fundamental consiste en que, a diferencia del liberalismo de los siglos XVIII y XIX, el neoliberalismo entiende que la economía de mercado no es el resultado de un juego natural de comportamientos e intereses que el Estado debe respetar, sino más bien de una competencia pura, una estructura formal de competencia, que sólo puede llegar a existir si es producida por una gubernamentalidad indefinidamente activa. Como menciona Foucault, en el neoliberalismo la competencia de mercado es un mecanismo regulador que requiere de una cantidad de condiciones que deben ser cuidadosa y artificialmente establecidas. Es por eso que la acción gubernamental debe dirigirse a la sociedad e intervenirla de una manera tal que permita a los mecanismos competitivos del mercado cumplir con su función reguladora: “El gobierno debe acompañar de un extremo a otro la economía de mercado [...]. Es preciso gobernar para el mercado y no gobernar a causa del mercado”.²⁰ Antes que intervenir en el mercado, antes que intentar corregir sus posibles efectos destructivos, el gobierno debe manejar toda una serie de datos técnicos, jurídicos, demográficos, datos sociales en general, que permitan

¹⁹ Cfr. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires, Buenos Aires, 2008, p. 83 y ss.

²⁰ Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica...*, op. cit., p. 154.

la existencia y el funcionamiento correcto de la estructura formal de competencia. De modo que el gobierno tiende a desplegar toda una nueva modalidad de intervención con objetivos completamente diferentes a los propósitos de las gubernamentalidades conocidas hasta entonces: ya no se trata de intervenir a los individuos y a las poblaciones para se ajusten a un comportamiento considerado como universal y natural; por el contrario, ahora el gobierno debe llevar adelante la construcción de una sociedad en donde los mecanismos dinámicos de la competencia puedan ejercer su propia función reguladora. En fin, lo que se pretende implementar es una *Gesellschaftspolitik*, una “política de sociedad”, destinada extender los mecanismos de competencia por todo el campo social. Pero esta política de sociedad sería ineficaz sin el desarrollo de una serie de procedimientos puntuales y bien diferenciados que faciliten el acceso continuo a la multiplicidad de elementos sociales que el gobierno debe manipular en pos del buen funcionamiento de la economía de mercado. Se trata de un nuevo paso hacia la inmanencia, un paso en donde parecen quedar atrás los grandes objetivos de mediano o largo plazo que anteriormente unían a toda la administración y la conducían en una misma dirección. En tal sentido, Negri y Hardt han sostenido que dichos principios tienden a ser reemplazado por una acción administrativa se que vuelve cada vez más autocéntrica y, por lo tanto, sólo funcional para los problemas específicos y puntuales que debe resolver.²¹ Se trata también de una modalidad de intervención que da lugar a la instalación de un mecanismo de regulación social basado en la desigualdad, de un mecanismo frente al cual, paradójicamente, todos y cada uno de los individuos deben prestarse y plegarse por igual. De ahí que la gubernamentalidad neoliberal establezca una serie de subsidios y asignaciones moduladas destinadas a garantizar que ningún individuo quede completamente al margen del juego económico; a decir de Foucault, estas asignaciones, siempre tendientes hacia un nivel mínimo y por debajo de la línea de pobreza, apuntan a crear una población sumamente móvil y flotante que permanezca en continua disponibilidad frente a las diferentes y cambiantes exigencias de la competencia económica.²² Se trata, en definitiva, de un proceso simultáneo de descodificación y ligazón de los flujos de deseo, un proceso que sustituye a las seguridades y protecciones colectivas por un espacio de competencia en donde todos se encuentran obligados a jugar. Y en un juego semejante, la cuestión radica en el gobierno debe ser el encargado de proveer los instrumentos elementales que permitan a los individuos autoasegurarse ante los riesgos y peligros planteados por la dinámica de la competencia; más específicamente, el gobierno debe implementar, de manera sumamente puntual y focalizada, toda una serie de políticas educacionales, culturales, medioambientales y de salud dirigidas a los gru-

²¹ Cfr. Negri, A. y Hardt, M., *Imperio*, op. cit., p. 299.

²² Cfr. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 242 y ss.

pos sociales más diversos y segmentados —o en nuestros términos, más descodificados y desterritorializados—, y en vistas a que los mismos puedan mantenerse en el juego de la competencia económica. Siguiendo a Foucault, podríamos decir que estas políticas son parte de una inversión generalizada en las diferentes capacidades de los individuos, una inversión que el neoliberalismo concibe como incrementación de la “idoneidad-máquina” o del “capital humano”.²³ En las políticas de inversión en capital humano, vemos precisamente el hecho de que los mecanismos de regulación se apoyan en instrumentos directamente vinculados con las diferentes capacidades de la fuerza de trabajo —como el lenguaje, la percepción, el intelecto, las destrezas cognitivas—; así también, vemos que la desigualdad social establecida por la gubernamentalidad neoliberal conduce a los individuos a invertir continuamente en esos instrumentos para de este modo alcanzar una posición más favorable en el espacio de competencia del mercado. Todo lo cual nos permite comprender mejor hasta qué punto el Estado ha llegado a complementarse con el capitalismo, hasta qué punto se ha dado lugar a una suerte de “megamáquina” que utiliza a las capacidades de los hombres como instrumentos múltiples de gobierno. En última instancia, esta maquinaria funciona instalándose en los resortes mismos de la vida y de la actividad humana, ligando los movimientos y las cargas de deseo, y haciendo que el gobierno penetre de lleno en el corazón de los individuos.

4. El Estado como “idea reguladora”

Ligazón constante de flujos, devenir-inmanente, práctica con objetivos e instrumentos múltiples, ¿por qué razón el Estado sigue siendo invocado como una instancia externa y trascendente? Para contestar esta pregunta debemos tener en cuenta los “efectos” de las regulaciones y controles llevados adelante por el Estado capitalista. Ya hemos observado que esas regulaciones están destinadas a impedir que los flujos descodificados y desterritorializados se escapen y se desliguen de la axiomática social; ahora, nos queda por decir que uno de los aspectos más importantes de dichas regulaciones consiste en volver a introducir territorialidades artificiales y residuales, estos es, “re-territorializaciones” con efectos y funciones perfectamente actuales. Deleuze y Guattari lo señalan claramente: si por un lado el capitalismo desterritorializa, por el otro, en cambio, re-territorializa; “lo que no deja subsistir lo recobra por sus propios medios originales; re-territorializa allí donde pierde las territorialidades, crea nuevos arcaísmos allí donde

²³ “La aptitud de trabajar, la idoneidad, el poder hacer algo: todo esto no puede separarse de quien es idóneo y puede hacer ese algo. En otras palabras, la idoneidad de trabajador es en verdad una máquina que no puede separarse del trabajador mismo”. *Idem*, p. 263.

destruye los antiguos”.²⁴ Asimismo, las investigaciones de Foucault sostienen que las funciones de dirección y regulación de la gubernamentalidad producen a un tiempo efectos individualizadores y totalizadores, es decir, individuos y poblaciones que también podrían entenderse como re-codificaciones y re-territorializaciones.²⁵ Pero en cualquier caso, lo importante es observar que estas re-codificaciones y re-territorializaciones son sumamente variadas e inestables, pues el movimiento de los flujos hacia el umbral absoluto de descodificación y desterritorialización desborda constantemente a la máquina. De donde se sigue la inclinación de los aparatos estatales a intervenir de manera permanente en la recomposición del tejido social, reanudando y volviendo a orientar las jerarquizaciones, las segregaciones, las prescripciones funcionales y las cualificaciones específicas. Ahora bien, todo este movimiento parece presentar un carácter sumamente paradójico, dado que el capitalismo –según Deleuze y Guattari– tiende a servirse del Estado despótico abstracto al momento de efectuar sus re-territorializaciones y re-codificaciones. Sucede que las formaciones capitalistas se encuentran atrapadas entre dos polos y no cesan de oscilar de un extremo a otro: por un lado, tienen a los flujos desencadenados que las arrastran hacia el límite absoluto, por el otro, a la máquina despótica que constantemente intentan resucitar para re-codificar y re-territorializar a esos flujos. Sin embargo, esto último no implica en modo alguno la posibilidad de una suerte de regresión hacia las formaciones anteriores: en primer lugar, porque la axiomática capitalista reproduce al Estado trascendente desde el fondo de su propia inmanencia, haciendo del mismo un límite interior o uno de los polos entre los cuales es determinada a oscilar; en segundo lugar, porque las fuerzas cónicas del capitalismo siempre se inclinan a operar al borde del estallido, generando accidentes y fallos que resquebrajan cualquier unidad compacta. Es por eso que el Estado despótico no retorna como una unidad eminente de sobre-codificación, sino más bien como un modelo latente que se trata de imitar y que jamás se llega a igualar; como una abstracción que pertenece a otra dimensión y que adquiere su existencia concreta en formaciones posteriores que la hacen volver bajo nuevas figuras y nuevas condiciones.²⁶ Al fin y al cabo, ese Estado es siempre una manera de pensar, una “idea reguladora” montada en el cerebro de los hombres, una artificialidad cuya tendencia a la concretización se produce en el campo de las fuerzas dominantes. Foucault parece dar cuenta del mismo movimiento cuando sostiene que el Estado abstracto ha llegado a convertirse en el horizonte de la práctica gubernamental; tal como nos dice:

²⁴ Deleuze, G. y Guattari, F., *El anti Edipo*, op. cit., p. 269.

²⁵ Cfr. Foucault, M., “El sujeto y el poder”. En Dreyfus, H., y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2001, p. 150 y ss.

²⁶ Deleuze, G. y Guattari, F., *El anti Edipo*, op. cit., p. 224 y ss.

El problema consiste en saber en qué momento, en qué condiciones, con qué forma se comenzó a proyectar, programar, desarrollar el Estado en el seno de esa práctica consciente de la gente, a partir de cuándo se convirtió en un objeto de conocimiento y análisis, a partir de cuándo y cómo empezó a ser parte de una estrategia deliberada y concertada, desde cuándo lo hombres comenzaron a invocarlo, desearlo, codiciarlo, temerlo, rechazarlo, amarlo, odiarlo.²⁷

En el proceso histórico de constitución de la gubernamentalidad, observamos entonces el desarrollo de una práctica y también de una manera de pensar, observamos al Estado como práctica y al Estado como pensamiento o idea reguladora. Podríamos sostener incluso que ese proceso histórico es un desplazamiento continuo entre los dos polos de la axiomática capitalista, un desplazamiento que se dirige desde la gubernamentalidad según la razón de Estado hasta la gubernamentalidad neoliberal. Así, la primera gubernamentalidad re-territorializa al Estado como modelo a imitar y da lugar a toda una regimentación social cuyo objetivo interminable consiste precisamente en la existencia sólida y permanente del Estado. Pero más complicado, y seguramente más cercano al umbral absoluto de descodificación y desterritorialización, es el caso de la gubernamentalidad neoliberal, en donde el Estado tiende a ser re-territorializado como un “fantasma paranoico y devorador” del cual siempre es necesario escapar. Esta re-territorialización –que Foucault denomina como “inflación” de la fobia al Estado²⁸– no es otra cosa que la idea reguladora del neoliberalismo, es decir, la idea de que el Estado posee una dinámica propia que amenaza permanentemente a la competencia de mercado y que, por eso mismo, debe ser evitada mediante la intervención gubernamental indefinidamente activa. De ahí la explicación de una de las grandes paradojas observadas en las reformas neoliberales de los últimos treinta años, una paradoja que no llegaríamos a comprender del todo sin atender al problema de la doble dimensión de la gubernamentalidad, a saber: el hecho de que en esas reformas el Estado implemente un conjunto de intervenciones que parecen dirigirse en contra del Estado mismo. Sin embargo, aquí no hay ninguna contradicción, sino más bien una idea que regula a un conjunto de prácticas. Así también, deberíamos aclarar que el desplazamiento de la gubernamentalidad entre los dos polos de la axiomática capitalista no siempre implica una suerte de progresión cronológica en donde cada arte de gobernar tiende a ser definitivamente reemplazado por el que le sigue. Al respecto, Foucault ha señalado que en el mundo contemporáneo es posible observar a toda una serie de gubernamentalidades que se encabalgan y se apoyan las unas sobre las otras, siendo por ejemplo las políticas nacionalistas y estatales del siglo XX un

²⁷ Foucault, M., *Seguridad, territorio, población*, op. cit., p. 290.

²⁸ Cfr. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 218 y ss.

intento de implantar a la gubernamentalidad según la razón de Estado. Es lo que volvemos a observar en las sociedades de la actualidad, cuando el Estado se presenta una vez más como el modelo imitar frente a un neoliberalismo que es arrastrado hacia el umbral absoluto de descodificación y desterritorialización de los flujos.

La cuestión fundamental es que la invocación persistente del Estado como una instancia externa y trascendente no se debe al producto de una mera casualidad y, menos aún, a una suerte de engaño o de velo que se extiende sobre los hombres y les impide percibir que los tiempos, efectivamente, han cambiado. Por el contrario, debemos buscar la explicación de este retorno y de esta persistencia en los efectos producidos sobre el deseo, es decir, en las re-codificaciones y re-territorializaciones implementadas por la máquina social capitalista al momento de contener los flujos que la desbordan por sus cuatro costados. Gran operación sobre el deseo: en todas partes volver a insuflar al Estado para de este modo introducirlo en el juego de funciones del capitalismo, para hacer que la idea se injerte definitivamente en el corazón de los hombres.

5. Conclusiones: hacer estallar los engranajes de la máquina

Ya no nos queda otra casa más que preguntarnos acerca del papel que puede llegar a jugar el Estado en un movimiento de transformación social que procure ir más allá de la formación capitalista –sobre todo en un momento como el actual, en donde los flujos descodificados y desterritorializados parecen colocar al neoliberalismo en una posición bastante próxima al umbral de la axiomática capitalista. Hasta aquí hemos intentado señalar la importancia y la funcionalidad del Estado en lo que respecta a la regulación del proceso abierto por el capitalismo; de igual manera, hemos tratado de dar cuenta del modo en que el mismo permanece dividido en dos dimensiones diferentes, es decir, en la dimensión de la práctica inmanente y en la dimensión del modelo latente y de la manera de pensar. Y por supuesto, en el medio de ambas dimensiones siempre volvemos a encontrar a los hombres y a las máquinas –o mejor dicho, a las máquinas-hombre– en tanto instrumentos de aplicación de las regulaciones del capitalismo. Pues bien, nosotros sostenemos que precisamente en este punto los instrumentos del Estado se presentan como un elemento imprescindible a la hora de emprender el movimiento destinado a desligar los flujos axiomatizados que constituyen a la formación social capitalista. De acuerdo con Negri y Hardt, podríamos decir que esos instrumentos no son entidades neutrales o independientes, sino más bien herramientas desplegadas en regímenes específicos de producción que facilitan ciertas prácticas e impiden otras. En tal sentido, los movimientos de transformación social superan el umbral del capitalismo cuando conciben la posibilidad de dar un nuevo uso a dichas herramientas, un uso radical en virtud

del cual la fuerza de trabajo hace de sí misma un agente autónomo de producción que ya no puede ser absorbido como “capital variable”.²⁹ Sin duda, la realización efectiva esa posibilidad requerirá de una gran fortaleza, así como también de una serie de recaudos y prescripciones estratégicas. En primer lugar, porque el intento de otorgar nuevos usos y funciones a los instrumentos estatales generará grandes explosiones y desmanes en la megamáquina capitalista, llevándola de esta manera a ejercer acciones defensivas altamente reaccionarias y violentas. En segundo lugar, porque el problema de los movimientos que procuren ir más allá del capitalismo no es en modo alguno un problema de anarquía u organización, sino más bien un planteamiento continuo de situaciones no axiomatizables, es decir, de un sinnúmero de procesos que la axiomática ya no pueda ligar y soportar. De donde se sigue una tercera y fundamental consecuencia que señala la importancia del Estado frente a los movimientos de transformación social. Vale aclarar que esa importancia se juega en otro nivel, no consistiendo nunca en la reivindicación o en la negación absoluta de las acciones estatales. Antes bien, la cuestión consiste en adquirir y desarrollar una visión sumamente estratégica capaz de aprovechar los diversos instrumentos provistos por el Estado –como el conocimiento, la educación, la ciencia, la comunicación, la cultura, la salud– sin que ello implique entrar en el juego interminable de las re-codificaciones y re-territorializaciones. Asimismo, es imprescindible tener en cuenta que existen algunos momentos en donde el Estado tiende a ser arrastrado por flujos que lo hacen impulsar una serie de acciones completamente desordenadas y contradictorias, y a las cuales, ciertamente, no alcanza a regularizar y estabilizar del todo –varios países latinoamericanos de la actualidad son quizá el mejor reflejo de estos casos. Desde nuestra manera de ver las cosas, en una situación semejante es necesario no detenerse en la consideración de esas acciones como un fin en sí mismo, a pesar de lo beneficiosas que puedan resultar en una primera instancia. Siempre es posible tensar un poco más la situación, forzarla gradualmente hasta el punto en que la máquina atraviesa el umbral absoluto de la descodificación y la desterritorialización. Siempre es posible desencadenar nuevos flujos de deseo, conectarlos y hacerlos mutar para así llevarlos cada vez más lejos. Siempre es posible, en fin, aprender a construir una práctica y un pensamiento que se apropien de los instrumentos estatales y los dirijan a través de nuevos senderos y devenires.

Bibliografía

— Deleuze, Gilles, *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*, Cactus, Buenos Aires, 2006.

²⁹ Negri, A. y Hardt, M., *Imperio*, op. cit., p. 349-352.

- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Buenos Aires, 2005.
Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia, Pre-textos, Valencia, 2006.
- Foucault, Michel, “El sujeto y el poder”. En Dreyfus, H., y Rabinow, P.: *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2001: 241-257.
Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979), FCE, Buenos Aires, 2008.
Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978), FCE, Buenos Aires, 2006.
- Negri, Antonio y Hardt, Michael, *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2003.